

Los libros de texto

Víctor Montoya

Para empezar, será bueno plantearse tres preguntas elementales:

1. ¿Cuál es la función de la escuela?

Si se considera que la función principal de la escuela es la de transmitir conocimientos, mediante un educador que representa el saber oficial, entonces la aplicación del libro de texto resulta coherente; pero si se considera que el objetivo principal de la escuela es la de incentivar la creatividad de los educandos mediante métodos activos, entonces se debe reconocer que el libro de texto es un instrumento limitado y limitante, que debe ser sustituido por otros más eficaces.

2. ¿Es indispensable el libro de texto?

Unos consideran que el libro de texto es el eje sobre el cual gira la educación; en tanto otros, los más dinámicos, sostienen que la aplicación de un libro de texto implica aceptar un sistema de enseñanza mecánica e inadecuada a la individualidad de cada educando.

3. ¿Cuándo, cómo y para qué se introdujo el programa único y el libro de texto en la escuela, si ambos elementos inducen a una enseñanza pasiva?

Todos saben que la escuela está programada para que el educando aprenda a leer y escribir con la ayuda del libro de texto, y la función del educador consiste en transmitir y repetir los conocimientos de manera esquemática. De modo que la enseñanza de los conocimientos tenga que ser dirigida por el educador, quien, a su vez, está dirigido por el libro de texto.

Desde siempre se ha conservado la imagen clásica de que el educador es quien transmite activamente el saber en capítulos/paquetes, y el educando quien los recibe pasivamente; un sistema de enseñanza que Paulo Freire define como una interrelación entre sujeto-objeto, en la que el educador es el sujeto activo, quien imparte los conocimientos programados por la superestructura imperante, mientras el educando es el objeto pasivo, quien, al carecer de conocimientos, debe limitarse a asimilar y acumular lo transmitido por el educador.

Cuando se implantó el libro de texto a comienzos del siglo XIX, la medida constituyó un avance en el ámbito pedagógico, puesto que reemplazó a los textos anacrónicos que se leían en la escuela. Pero, con el transcurso del tiempo, el mismo libro de texto fue cediendo espacio a otros medios educativos más modernos y eficaces. En Italia, por ejemplo, en el interior del Movimiento Freinet (Movimiento de Cooperación Educativa), en el que los educadores intentaban seguir un método natural a partir de la experiencia real del niño, el libro de texto ha sido sustituido por otros libros de consulta y lectura, con los cuales se formó la biblioteca de la clase.

La escuela tradicional ha visto siempre el estudio como la fijación en la memoria del contenido de los libros de texto, considerados como los depositarios del saber absoluto, aunque el libro de texto induzca hacia el trabajo mecánico y memorístico, pues, en la escuela tradicional, el educando es un receptor pasivo y un transmisor de los conocimientos asimilados del libro de texto, y el rol del educador es facilitado -en sentido negativo- y limitado, porque en lugar de proponer, orientar y corregir las actitudes del

educando, su función es la de simple intermediario ante un libro de texto que decide qué, cómo y cuándo se debe enseñar/aprender.

La escuela democrática no puede tener como punto de referencia cultural un texto igual para todos los niños. La escuela democrática debe aceptar el riesgo de afrontar los conocimientos dispares de los educandos, que casi siempre provienen de realidades diferentes, con sociolectos y experiencias diversas.

La pedagogía de Freinet rechaza el vocabulario complejo y abstracto de los libros de texto. Sin embargo, como alternativa a este material preconcebido por los académicos, plantea la creación y lectura de textos escritos por los propios niños, cuyo código lingüístico, por mucho que sea restringido debido al contexto social del cual provienen, es más efectivo en el proceso de enseñanza/aprendizaje. Cualquier otra metodología foránea a esta realidad es errónea e ineficaz, puesto que el medio social no sólo determina la conducta del niño, sino también su desarrollo cognoscitivo.

El pedagogo francés Célestin Freinet, además de crear la llamada pedagogía del trabajo, para formar al niño como al futuro ciudadano de una sociedad democrática, criticó las estructuras de la escuela tradicional, el autoritarismo y la rigidez predominantes en los métodos pedagógicos de todos los tiempos, oponiendo a estos principios los de la espontaneidad y la autocorrección de los errores, coincidiendo con María Montessori, quien, a tiempo de organizar la Casa del Niño en los barrios pobres de Roma a principio de siglo, puso de manifiesto la idea de potenciar las aptitudes individuales y creativas que todo niño encierra dentro de sí, en el marco de un sistema escolar exento de premios y castigos, y donde el educador intervenga en el proceso educativo sólo cuando el niño lo requiera.

El mayor aporte de Freinet a la pedagogía moderna estriba en la creación del periódico escolar. El estaba convencido de que la enseñanza debía partir de las experiencias, intereses y cuestionamientos del niño. Además, rompió con los esquemas académicos tradicionales y desechó casi por completo el material preparado fuera de la escuela, porque sabía que los libros preelaborados y preconcebidos eran un serio peligro para el educando y un real obstáculo para el desarrollo de un trabajo dinámico.

Freinet partía del principio didáctico de que deben ser los propios niños los artesanos de sus libros de texto: ser el escritor y el lector, el ilustrador e impresor; para cuyo efecto, tanto el educador como el educando necesitan salir de la escuela e irse a empapar de la realidad, de manera libre y espontánea, para luego, a partir de esta experiencia, elaborar el texto libre, donde se recogen los resultados de la investigación. Al final, todos los alumnos imprimen el periódico escolar en su propio taller. De modo que el libro de texto deja de ser el instrumento básico en el proceso de aprendizaje, dando paso a otras vías metodológicas más activas y vitales; más aún, si partimos del principio de que el contexto social tiene una importancia pedagógica y didáctica, entonces habría que considerar a la prensa escrita un excelente auxiliar en la educación, puesto que en base a ella se le puede ayudar al

educando a interpretar y utilizar correctamente las informaciones que se proporcionan, procurando consolidar su propia opinión en base al pluralismo ideológico y el derecho a la libertad de expresión.

La escuela y los medios de comunicación están íntimamente ligados. Ni el uno ni el otro están desvinculados de la realidad y ambos contribuyen a la información y formación del individuo: Ya los psicólogos y pedagogos, entre ellos Rousseau, Freinet y Montessori, atribuyeron gran importancia al medio en el cual se desarrolla el niño, aferrados a la firme convicción de que el individuo es producto de su medio, y que, por lo tanto, todo sistema pedagógico debe anclar en las experiencias concretas del sujeto, contexto en el que la prensa escrita, además de proporcionar información, es un instrumento que le ayuda a asimilar mejor su mundo circundante.

El libro de texto ofrece siempre un saber preestablecido o empaquetado, que acostumbra a nutrirse de estereotipos culturales, que no desarrollan la formación crítica del educando y plantea un ritmo de aprendizaje común, como sistema para uniformar a toda una clase y, consiguientemente, a toda una población. Además, adaptar un solo libro de texto, equivale a privatizar al niño de múltiples incentivos y posibilidades que pueden desarrollar su pensamiento.

Ahora bien, abandonar el libro de texto significa que, el papel y la actitud del educador debe estar a favor de una biblioteca en la clase. El educador y los educandos deben conseguir: diccionarios, enciclopedias, periódicos y revistas que faciliten los datos que necesitan para elaborar su periódico escolar y asimilar nuevos conocimientos. Todo depende de saber utilizarlos adecuadamente, porque sin recursos y materiales apropiados, sería difícil dar el salto dialéctico de una enseñanza basada en el libro de texto a una enseñanza creadora y motivadora.

Si partimos del principio de que cada alumno es el protagonista de su propio aprendizaje, entonces el actual proceso educativo exige un cambio radical respecto a los roles tradicionales que se experimentan en la clase, donde el educador aparece como el portador oficial de la información que el educando debe recibir y asimilar, ya que dicha información, junto al libro de texto, constituye el instrumento principal de trabajo del educando. En cambio un sistema de enseñanza que no genera pasividad mental, sino que crea las condiciones para que el educando se esfuerce por aprender según su capacidad y necesidad, se le permite estar activo y comprometido con lo que se hace y se dice, pues el simple hecho de que sea el protagonista central de su aprendizaje, le obliga a buscar materiales, ordenarlos, estructurarlos y sistematizarlos; actividades éstas que, sin resquicios para la duda, estimulan y desarrollan su capacidad creativa.

**Víctor Montoya. La Paz, 1958.
Es autor de varias obras y uno
de los escritores más
representativos de su
generación**